

83
LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR



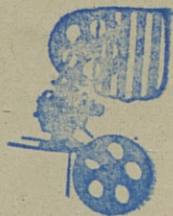
30 CTS

ZASU PITTS
LEON ERROL
MITZI GREEN
LILYAN TASHMAN

EDICIONES DISTAGNI

**ME A VOY
PARIS**

Para Posma



TAUROG, Norman y McLEOD, Norman Z.

G. de Joseph L. MANKIEWICZ -
obra teatral de Donald Ogden
**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 83

Finn and Hatie, 1931

Me voy a París

Divertido asunto, interpretado por
*Zasu Pitts, Leon Errol, Mitzi Green, *
Lilyan Tashman, etc.

Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91 Barcelona

POSTAL-REGALO: GRETA NISSEN

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

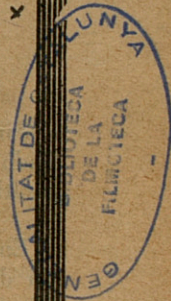
Según
Stewart,
adapt. por
Sam

Mintz

(Ver F.
idea)

N: 135

del 1-1-64



Me voy a París

Argumento de la película

I

Finn Haddock entró en la estación acompañado por su familia y por los clamores de la multitud, que gritaba enardecida:

—¡Viva el inventor más grande del mundo!

En un cartelón que conducía un grupo a modo de estandarte se leían estas palabras históricas:

“Gloria a Edison y viva Finn Haddock.”

El formidable invento que Finn había realizado para merecer la comparación con el creador de la bombilla eléctrica consistía en un comprimido de jamón serrano para sopa. Vió un cubito de Maggi junto a un jamón y exclamó: “¡Eureka!”

Lo demás lo hizo la suerte y una propaganda progresiva.

En pocos años los bolsillos de Haddock se habían llenado de billetes y su nombre se había hecho famoso en toda América.

Ahora se había tomado unas largas vacaciones. Necesitaba descansar. Por eso había tomado billetes para Nueva York, desde donde se trasladaría a Europa.

Como era un buen esposo y un buen padre, llevaba consigo a su mujercita, Hattie, y a su hija Mildred, único fruto de su matrimonio.

La multitud se había aglomerado en la estación para dar su adiós al hombre que honraba al pueblo con su talento y con su fama.

—¡Que hable!—gritó una voz.

Y todos repitieron:

—¡Que hable!

Finn se vió en el mayor compromiso de su vida. No tenía la menor noción de lo que era hablar en público.

Pidió consejo a su mujercita.

—¿Qué te parece, Hattie?

Pero Hattie, que era una infeliz de pies a cabeza y que hasta para rascarse pedía consejo a su marido, se encogió de hombros con un gesto de angustia.

—¡Oh, Finn! A mí sólo puede parecerme lo que te parezca a ti.

Pero ¡ah! Allí estaba la pequeña Mildred. Esta criatura con que el cielo había bendecido la unión de los buenos esposos, no tenía más de once años, pero en decisión, en fortaleza física y en ingenio aventajaba a su papá y a su mamá

juntos. Bastaba ver aquellos ojos oscuros y brillantes, aquella actitud despreocupada y aquellas piernas desnudas y robustas para comprender que de aquella criatura podía esperarse mucho.

Y ella fué la que dijo:

—Papá, levántate y habla.

Al mismo tiempo le dió con los nudillos en la espina dorsal, y Finn se puso en pie automáticamente.

—Queridos...

Pronunciada esta palabra se hizo la sombra en su mente. Menos mal que Mildred acudió oportunamente en su ayuda, apuntándole:

—Camaradas.

Y Finn exclamó:

—Sí, camaradas. Eso es: queridos camaradas... Yo... Nosotros...

—No, tú—corrigió la pequeña.

—Eso es. Tú... Vosotros...

—¡No, hombre! Tienes que decir "yo".

Al mismo tiempo, para reforzar su advertencia, Mildred pellizcó a su papaíto en una pantoquilla y el inventor dió un salto de sesenta centímetros.

Entonces, furioso, se revolvió contra su hijita.

—¡Silencio! ¡Las niñas oyen, ven y callan!

Y, furiosamente, continuó su discurso:

—Bueno, señores. Se hace tarde y no es cosa de andarse con pamplinas. El jamón serrano me ha hecho famoso. ¡Viva el jamón!

Y el público en masa rugió:

—¡Viva!

—Me voy—continuó el inventor—. ¡Hay que

descansar! Gutenberg descansó después de inventar la locomotora.

—La imprenta—corrigió Mildred.

—Es verdad—rectificó el orador—: la imprenta. ¿Es que en este pueblo no tenemos derecho al descanso los inventores?

Mildred lanzó un bostezo. En su vida había escuchado nada tan aburrido como un discurso de su papá. Su mirada tropezó con la locomotora y ésta le sugirió un bonito procedimiento para distraerse.

Bajó del auto, se deslizó entre el gentío y subió a la plataforma del maquinista. Empezó a mover palancas y la locomotora silbó. Siguió moviendo palancas y el tren se puso en movimiento.

Se armó en la estación una algarabía infernal.

Finn y su esposa se vieron lanzados como fardos en el interior del convoy.

Maquinistas, fogoneros y demás personal del tren tuvieron que hacer peligrosas acrobacias para colocarse en sus puestos.

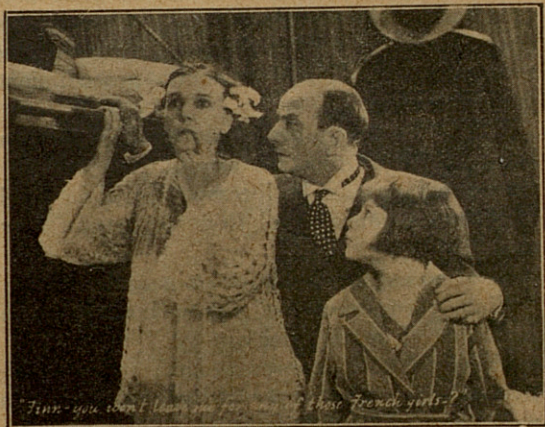
Y así fué cómo el inventor de la sopa de jamón serrano salió de su pueblo natal dispuesto a divertirse de lo lindo.

II

En el tren hizo Finn una buena amistad. Encontró al fogonero comiendo cacahuetses en el salón de fumar. El fogonero fué a levantarse, pero el inventor, campechanamente, lo detuvo.

—Si no tiene trabajo, quédese y charlaremos. Yo soy Haddock.

El fogonero, que como bruto ponía escuela, había aceptado sin vacilar la invitación de Finn, y seguía cubriendo la alfombra persa de cortezas de cacahuètes.



Y así fué cómo el inventor de la sopa de jamón serrano salió de su pueblo...

Al oír el nombre de Haddock, exclamó:

—¡Ah, sí! ¡El tío del jamón serrano!

En seguida se entabló una lucha en la que cada contendiente parecía empeñado en demostrar que era más ordinario que el otro.

—Yo levanto un automóvil—aseguró el fogonero.

—Y yo gané un campeonato de lucha greco-romana—replicó Finn, mostrándole una medalla que pendía de la cinta de su reloj.

El fogonero miró de reojo la medalla y dijo despreciativamente:

—¡Eso no es nada! Yo he luchado con mi mujer y la he vencido. Con esto está dicho todo.

—No tiene importancia vencer a una mujer.

—Usted no conoce a la mía.

—¿Acaso se ha casado usted con la pantera de Java?

—A esa pantera se la come mi mujer con coles de Bruselas.

Las cosas se enredaron de tal modo que decidieron llevar la rivalidad al terreno práctico.

Apartaron los muebles, se quitaron la americana, Finn dejó el reloj sobre una de las mesitas que habían arrinconado, y empezó la lucha.

En dos papirotazos los hombros de Finn quedaron completamente adheridos al suelo y el fogonero lanzó una carcajada estrepitosa.

—Porque he resbalado—dijo Finn, jadeante.

En vista de ello y para que no hubiera lugar a excusas, el fogonero propuso una segunda prueba.

El empleado se echó al suelo. Apoyó un hombro en la alfombra y mantuvo el otro levantado.

—Usted no tiene más que empujar este hombro contra el suelo.

Finn se sentó a horcajadas sobre la cintura del fogonero y entabló una lucha desesperada con el hombro que se mantenía levantado.

En este momento entró un joven que se mostró

un tanto sorprendido ante el inesperado espectáculo de lucha greco-romana.

Al verle, Finn hizo cuestión de honor el colocar el rebelde hombro sobre la alfombra.

—Mire usted cómo lo tengo y todavía pretende librarse de una derrota—dijo al desconocido.

Este se arrodilló en el suelo y midió la distancia que había entre el tapiz y el hombro del hercúleo fogonero.

—Le queda mucho trabajo aún, amigo—comentó el espontáneo juez.

Y se sentó tranquilamente en un sillón para presenciar con toda comodidad el fin de la lucha.

Su mirada tropezó casualmente con el reloj de Finn, y al leer su nombre en la medalla quedó un momento pensativo.

Volvió a la realidad al ver que el ingenuo ricachón era arrojado como un fardo sobre una de las butacas del saloncito.

El fogonero reía brutalmente.

—¿Qué le ha parecido?

—Que es usted más fuerte de lo que yo creía—repuso Finn, que apenas tenía fuerzas para hablar.

—Pues eso no es nada comparado con lo que aprendí de un japonés. Ahora verá usted. Levántese.

Finn obedeció casi automáticamente.

—Ahora déme la mano—añadió el fogonero—, adelante un pie y eche el cuerpo hacia atrás.

El inventor hizo cuanto el fogonero le decía y, de pronto, el empleado echó su cuerpo hacia adelante, después hacia atrás, al mismo tiempo que daba un violento tirón de la muñeca de Finn. El inventor se sintió levantado y volteado como una campana y cayó boca arriba a espaldas del fogonero, después de haber rizado el rizo sobre su cabeza.

Como en sueños, oyó unas palabras de despedida del Hércules ferroviario, y cuando recobró completamente la noción de las cosas, vió que el árbitro le ayudaba a levantarse.

—No se fíe usted de los fogoneros, señor Haddock.

—¿Me conoce usted?—exclamó el inventor, orgulloso de su fama.

—¿Quién no conoce a un genio de su talla?

—Gracias, amigo. Permítame que le invite a fumar y charlaremos un poco.

—Me llamo Henry, para servirle.

—Pues tanto gusto, amigo Henry.

A los diez minutos, Henry se había enterado, ce por ce, de los propósitos que abrigaba el acaudalado Finn.

Y media hora después el joven cursaba el siguiente telegrama dirigido a una tal Bessie Chalmres:

“Asegurado viaje a Europa. Gran porvenir. Te espero en Nueva York, bar “El Truco”. Henry.”

III

En el hotel neoyorquino tuvo la familia Haddock un inopinado encuentro. Allí estaba la viuda de Collins, único pariente de la familia del inventor, con su hijo Sidney, un muchacho que tenía aproximadamente la edad de Mildred, y que cómo sería de gracioso que un día, para divertirse, prendió fuego a una casita de campo que poseían sus papás.

Al enterarse de que sus tíos iban a Europa, el simpático niño se empeñó en acompañarlos, y a su madre le pareció maravilloso verse libre de él durante unos meses, por lo que apoyó con vehemencia la petición del muchacho.

Los señores Haddock se vieron precisados a aceptar, y cuando ya estaba todo arreglado se dieron cuenta de que Mildred y su primito no se conocían.

—Mira, Sidney—dijo la viuda—, ésta es Mildred, la primita de que tanto te he hablado.

Sidney le tendió la mano, y cuando Mildred la fué a estrechar, el primito la retiró rápidamente y dió a la niña un puñetazo en la nariz.

—No conoce los trucos de Nueva York—exclamó el pequeño, riendo desaforadamente.

Mildred le miró aviesamente de arriba abajo, pero acabó riendo también, de un modo que

hizo pensar al señor Haddock: “¡Pobre muchacho! ¡Lo compadezco!”

* * *

Acodados en la borda del trasatlántico, estaban Henry y Bessie.

Bessie era una belleza rubia, más maquillada que un actor de carácter y vestida con provocativa elegancia. Se olía a la legua a la *cocotte*.

La beldad se mostraba impaciente.

—¿Estás seguro de que vendrán?

—Segurísimo.

—Lo digo porque como me hayas obligado a hacer un viaje en balde te vas a acordar de mí para toda la vida.

—Me extrañaba que no hubieras enseñado las uñas en las veinticuatro horas que llevamos juntos.

—Procura que no tenga que enseñar los dientes.

—Oye, rica: que te frían un hipopótamo.

—No te ofendas a ti mismo.

Dió media vuelta y se alejó por la cubierta moviendo de un modo indolente la cintura.

De pronto el semblante de Henry se animó. Allí estaba la familia Haddock, entre la multitud de viajeros que subían a bordo.

Inmediatamente fué a buscar a Bessie para darle la noticia.

Los primeros en pisar la cubierta habían sido Mildred y Sidney, los cuales no tuvieron paciencia para esperar a reconocer más tarde su nue-

vo campo de acción, y, cargando a la señora de Haddock con todos los paquetes que llevaban y colocando encima los sombreros, echaron a correr por la cubierta, lanzando alaridos que sembraron la alarma entre los viajeros.

Cuando llegaron a la puerta del camarote, Finn adicionó a la carga de su mujercita un par de paquetes más, y dijo:

—Entra y espérame. Voy a ver qué hacen esos demonios de chiquillos.

Pero apenas desembocó en la cubierta se encontró con Henry, que lanzó un grito de alegría.

—¡Caramba, querido inventor! ¡Qué encantadora casualidad!

—¡Hola, amigo Henry! ¿Usted por aquí?

—Sí. Me reclaman en Europa importantes negocios.

—¿Maderas, acaso?

—No. La Conferencia del Desarme.

Llegó Bessie, de pronto. Se fingió muy sorprendida al ver a Finn.

—¡Oh! Perdonen ustedes. Creí que estaba Henry solo.

—Por Dios, princesa—protestó Henry, quitándose el sombrero—. Este señor tendrá mucho gusto en conocerla. Es el inventor Haddock, el del famoso caldo.

Bessie se mostró entusiasmada hasta el delirio.

—¡Qué inmenso placer!—dijo con el acento más francés que supo fingir—. Tenía verdadera curiosidad por saber cómo era un inventor de cosas comestibles. En Francia no tenemos ninguno.

—Le advierto que no se distingue en nada de

un inventor de locomotoras... Pero es lo mismo. El honor ha sido para mí. ¡Una princesa! Señora, estoy conmovido.

—Señora, no: señorita—corrigió picarescamente Bessie.

—La llamaré alteza, si usted me lo permite. Llamar señorita a una princesa me parece una incorrección.

—Usted me llama como quiera y será siempre bien escuchado.

Y, como demostración, le dirigió una mirada de reojo que puso a Finn más colorado que un pimiento. ¡Caramba con la mademoiselle!

Y se apresuró a despedirse para ocultar su azoramiento en el camarote.

IV

Los niños, entretanto, cada uno por una parte, se divertían con toda la inocencia de que eran capaces.

Sidney estaba muy enfrascado en la caza de un patito que flotaba en el mar, cerca del buque. A falta de más adecuados proyectiles, usaba los salvavidas que encontraba en los botes de salvamento y adosados a la borda del navío.

El muchacho estaba desesperado. Llevaba lanzados treinta y dos salvavidas y el patito continuaba vivo y coleando.

Llegó Mildred.

—¡Hola, Sidney! ¿Qué haces aquí?

—Ya lo ves, Quiero cazar el pato y no puedo.

Mildred tuvo una sonrisa que su papá hubiera interpretado como una amenaza.

—¡A quién se le ocurre querer coger un pato arrojándole cosas!

—Pues, ¿cómo?

—Espérame aquí y te lo explicaré prácticamente.

Se fué y regresó en seguida provista de una larga cuerda, con cuya parte central ató fuertemente a Sidney por la cintura.

—¿Ves? Un extremo de la cuerda me lo quedó yo. El otro te lo doy a ti para que ates al pato por cuello. Yo te dejaré caer poco a poco, y cuando llegues al agua me avisas. Cuando tengas el pato me das otra voz y yo tiraré de la cuerda para subirte.

La idea pareció a Sidney magnífica, pero apenas se hubo sentado en la borda para empezar a dejarse caer, se sintió violentamente empujado por la espalda y cayó al mar de cabeza.

Estaba Finn poniendo a su esposa paños en la cabeza, porque había empezado a sentir un insoportable mareo, cuando se abrió la puerta del camarote y apareció Mildred, desgredada y con el vestido hecho jirones.

La enferma lanzó una exclamación de horror.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada—repuso la niña, sin darle importancia—. He estado jugando con Sidney.

Tiró de una cuerda cuyo extremo no había

soltado desde el lanzamiento y apareció el primito chorreando y tambaleándose.

También Sidney tiró de la otra mitad de la cuerda, y el pato, atado por el cuello, penetró en el camarote.

* * *

Pero todavía no se sentía Mildred suficientemente vengada del puñetazo que le había dado el gracioso primito en el momento de la presentación y le preparó otra de las gordas.

Lo condujo junto a un gran respiradero de los depósitos de carbón.

Mildred, que tenía el terreno bien explorado, propuso al muchacho que se dejara caer por el gran tubo, pero él, que cada vez estaba más escamado, se negó a hacerlo si no se lanzaba antes ella.

Entonces dijo Mildred, con un gesto versallesco:

—Me da lo mismo entrar antes que después.

Trepó a la boca del tubo, se sentó en el borde y se dejó caer. Pero allí había una férrea escalera de mano y en ella se quedó Mildred.

—¡Sidney, Sidney!—le llamó—. Entra y verás qué bonito es todo esto.

Al oír la voz tan cerca, Sidney calculó que todo se reduciría a un salto de metro y medio y se arrojó por el tubo, lleno de confianza y valentía.

Mildred le vió pasar por su lado como una bala y le oyó caer ruidosamente sobre las palas de los fogoneros y los montones de carbón.

Cómo serían los gritos que lanzaba Sidney, que acudió el señor Haddock al mismo tiempo que un fogonero sacaba al niño por la boca del tragaluz y lo depositaba en la cubierta.

Tenía carbón hasta en los ojos y no cesaba de lanzar berridos. Pero todo lo que consiguió fué que su tío se lo llevara de una oreja al cuarto de baño, donde lo encerró, anunciándole que no le dejaría salir de allí hasta que hubiera recuperado su color blanco.

Mientras guardaba la puerta del cuarto de baño, se puso a hojear una revista para no aburrirse y descubrió un anuncio que le interesó sobremanera.

Decía el título: "¿Quiere usted hacerse amar locamente?" Y debajo se veía la fotografía de un joven en actitud *castigadora*. Tenía las manos enlazadas, la cabeza doblada sobre el hombro izquierdo y dirigía por entre los párpados una mirada atormentadora.

Apenas salió Sidney del cuarto de baño, limpio y compuesto como si no hubiera pasado nada, Finn se colocó ante el espejo y allí estuvo haciendo ensayos hasta que le pareció que imitaba perfectamente la actitud del joven del anuncio.

Entró en este momento una camarera en el camarote y decidió probar en ella su recién adquirida fuerza de seducción.

La llamó, le dijo que le mirara a los ojos y le dirigió a su vez la mirada atormentadora.

La doncella, tomándole por un demente o por un antropófago, lanzó un grito y salió de estampía.

Naturalmente, Sidney no quedó satisfecho de aquella primera prueba y se lanzó por la cubierta del buque dirigiendo miradas a diestra y siniestra hasta que una dama cursi le llamó grosero.

Finn lanzó un grito de alegría.

—Me ha comprendido. Sé atormentar.

Y se dirigió en busca de una mujer para hacerla su víctima.

Acertó a verle entonces la princesa, que estaba asomada a la ventana de su camarote, y le llamó.

La idea de castigarla surgió inmediatamente en el pensamiento de Finn y su entusiasmo no tuvo límites al ver que la gentil francesa estuvo a punto de desmayarse.

—Entre—suplicó con los ojos en blanco—. Quiero que vuelva a mirarme así muy de cerca.

Aquello convirtió en azoramiento el entusiasmo del castigador, pero era ya demasiado tarde para volverse atrás y, comprendiéndolo así, no opuso resistencia cuando por la puerta del camarote asomó una mano que tiró de él.

Lo que ocurrió en el interior del camarote constituyó una dura prueba para Finn, que sudó lo suficiente para llenar una cuba ante la vehemencia pasional de la princesa.

Sin saber cómo librarse del acoso de aquellos bellísimos brazos, Finn solicitó de la aristócrata le enseñara un poco de francés para cuando llegara a París, y ella le dictó una carta en francés y poniendo la traducción debajo de cada palabra, en la que se conjugaba el verbo amar en todos los tiempos y en la que se hacían afir-

maciones tan trágicas como esta: "Te amaré hasta la muerte".

Cuando ya estaba escrito el ejercicio, la princesa declaró que sentía gran curiosidad por conocer la firma de Finn, y éste, ni corto ni perezoso, firmó debajo de lo que por este hecho se convertía en graves declaraciones escritas.

Se guardó el papel la princesa en el pecho y el castigador, inocente del *chantage* que se le preparaba, salió del camarote y se dirigió al castillo de proa para respirar el aire puro del océano, que buena falta le hacía.

Pero la escena había tenido dos espectadores: Sidney y Mildred, que habían acertado a asomarse con disimulo a la ventana desde que comenzara la escena de la que Finn había de guardar amarga memoria.

Sidney estaba muy satisfecho del descubrimiento y comenzó a lanzar gritos tan comprometedores como este:

—¡Le he besado en la nariz! ¡Le he besado en la nariz!

Mildred, en cambio, consciente de la celada que acababan de tender a su papá, se llevó un dedo a los labios.

—Calla, Sidney, y verás cuánto nos divertimos. Vamos a quitarle a la princesa el papel que se ha guardado en el pecho. Vamos por una cuerda y te explicaré entretanto lo que hemos de hacer.

Poco después se presentaban las dos simpáticas criaturas en el camarote de la princesa con una petición tan absurda como esta:

—Queremos jugar con usted.

Bessie se negó altivamente y cogió a cada uno de una oreja para conducirlos fuera del camarote, cuando las tiernas criaturas comenzaron a lanzar gritos tan atronadores, que la falsa princesa, acobardada, accedió a jugar con ellos.

—Nosotros rodaremos la cuerda y usted saltará—dijo Mildred.

Y Bessie no tuvo más remedio que recordar sus tiempos de colegiala.

Apenas había dado media docena de saltos, la carta cayó por debajo de la falda, y Mildred se arrojó sobre ella. Pero Sidney, más rápido, se apoderó del papel y salió de estampía.

Unos minutos de persecución emocionante y, por fin, el primito cayó en poder de Mildred, que le arrebató la carta y se apresuró a entregársela a su padre.

Este, despejado por el aire del mar e ilustrado por la perspicacia de su hijita, se dió cuenta del conflicto que aquella carta hubiera podido crearle, y después de hacerla pedazos y arrojarla por la baranda de la escalerilla que conducía a la cubierta inferior, dió a su hija un beso de gratitud y se la llevó al bar para convidarla a un helado.

Entonces apareció Sidney por la escalerilla con los trozos de la carta, y cuando padre hija volvieron del bar y entraron en el camarote del matrimonio, ya estaba la infeliz esposa enterada de las declaraciones escritas de su marido, pues para la perversidad de Sidney había sido fácil unir los fragmentos.

Hubo una escena terrible entre marido y mujer, y, no habían pasado aún tres minutos, cuan-

do se oyeron en la cubierta gritos en demanda de socorro.

Afluyó junto al palo mayor un gentío enorme, y tripulantes y pasajeros pudieron ver que los gritos procedían de lo alto del mástil, donde Sidney pendía, atado por la cintura, de una cuerda que pasaba por una polea.

Esta había sido la venganza de Mildred por el entrometimiento de su "querido" primo.

V

París.

La esposa del inventor, hablando con una amiga, se quejaba de la variación que observaba en su marido desde que pusieron los pies en aquella bendita tierra.

—Sale todas las noches y vuelve a altas horas de la madrugada. A mí me deja todo el día encerrada en estas habitaciones. Nunca se ha mostrado tan cruel conmigo.

—Usted no sabe lo que es París, querida, ni lo que son los hombres. En cada varón hay un monstruo siempre dispuesto a despertar para torturar a las pobrecitas mujeres. Si quiere creermé a mí, prescinda de él y diviértase cuanto pueda.

Esta conversación había llegado a oídos de Finn, el cual decidió poner remedio a aquella

situación aquel mismo día, por lo que se lanzó a la busca de un cicerone de profesión y lo más serio posible, que se encargara de enseñar París a su esposa.

Encontró a uno en un típico café adonde lo condujo un taxi a cuyo chofer había manifestado su deseo.

El guía era un gigantón grueso como un tonel y con unas barbas que podrían servir de cortinas en cualquier ventana de tamaño corriente.

Después de beberse dos o tres botellas de vino espumoso y de obligar a Finn a que compartiera con él la "penosa" tarea, cerró el trato con el americano, cobró un anticipo en billetes grandes y se fué en busca de la aburrida esposa.

Finn, como no tenía mejor cosa que hacer, pidió otra botella y continuó libando.

La casualidad quiso que pasaran por delante del café Bessie y Henry. Al descubrir el joven al americano, se apresuró a comunicar la noticia a su cómplice.

—Mira quién está ahí.

—¡Oh, sí! Mi hombrecito.

—Y que parece que está un poco curda.

—La ocasión la pintan calva. De modo que ahueca y déjame sola. Si de esta no le desplumo, me corto la coleta y me recluyo en un convento.

Henry, para animarla, lanzó un ¡olé! sumamente torero y desapareció calle arriba, dejando el toro de cuenta de Bessie.

* * *

En aquel momento de exaltación espiritual, la alegría de Finn al reconocer a la princesa revistió caracteres epopéyicos.

En honor suyo pidió otra botella y ya no se separaron en toda la tarde.



... y ya no se separaron en toda la tarde.

Por la noche, Bessie se ofreció a llevarle a un cabaret apache que se denominaba "El león moribundo", y allá se fueron los dos con la mejor disposición de ánimo que imaginarse pueda,

especialmente Finn, al que le había dado por cantar la marsellesa a dos voces.

En el cabaret armó el americano un escándalo considerable e hizo reír a la concurrencia hasta desternillarla, dando lecciones de bailes apaches a los bailarines profesionales y enseñando a la



En el cabaret armó el americano un escándalo considerable...

gente la prueba japonesa de la muñeca que había aprendido de un fogonero de ferrocarril.

Sucedía con esto que al hacer Finn los movimientos para hacer rizar el rizo al que le daba la mano, era él el que salía por encima de la cabeza del otro, debido sin duda a la casualidad de que persona a la que proponía enseñar la

llave japonesa, persona que la conocía desde mucho antes que él.

Al volver al lado de la presunta princesa, después de una de sus grotescas expediciones por la sala del cabaret, se la encontró llorando.

Muy extrañado, le preguntó la causa de aquella pena, y ella le contó un cuento sobre un castillo que iba a perder por no poder pagar la hipoteca.

Finn soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Por eso llora? ¿Para qué sirve entonces un libro de cheques?

Y sacó su talonario y su estilográfica.

—¿Cuánto es?

—¡Oh, no! No puedo consentir que usted...

—¿Quiere callarse? ¿Somos o no somos?

Entonces Bessie deslizó tímidamente:

—Cincuenta mil.

—¿Francos?

—No, dólares.

La campechanía de Finn se enfrió un poco, pero escribió la cifra y entregó el cheque.

Bessie se lo guardó en la media y pidió otra botella, petición que fué acogida por Finn con rugidos de entusiasmo.

Pero he aquí que de pronto descubrió al barbudo guía en una mesa lejana. ¡Y al lado del guía estaba su mujer! Se llevó las manos a la cabeza y le mandó llamar por medio de un camarero.

En seguida se presentó el barbudo tambaleándose.

—¿Por qué la ha traído usted aquí?—le preguntó Finn ferozmente.

—No se preocupe—contestó el guía—. Está también un poco bebida y no se da cuenta de lo que ve.

—Pase usted al vestíbulo y espéreme, que le he de decir dos palabritas.

Obedeció el barbudo y Finn se extendió en súplicas para que la princesa le perdonara por su ausencia unos momentos.

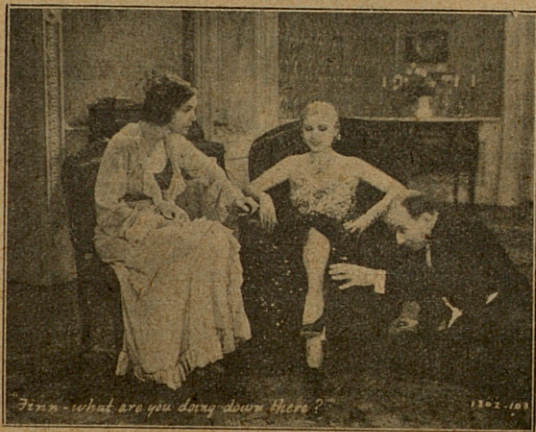
—Por mí no se preocupe. No tengo prisa ninguna—repuso Bessie.

Pero Finn, con ese exceso de amabilidad que proporciona el alcohol mejor que todos los tratados de urbanidad, se inclinó reverentemente ante ella y le besó la mano hasta casi hacerle saltar la piel.

La fatalidad quiso que la señora de Haddock descubriera a su esposo en este momento, presenciando la escena de los vehementes besos y, después de lanzar un grito de desolación, se dirigió hacia el culpable, con ánimo de darle su merecido. Pero dió la casualidad de que había comenzado el baile en este momento y las apretujadas parejas impidieron a la ultrajada llegar a la mesa donde estaba Bessie con la rapidez que su vehemencia le exigía, de modo que cuando llegó ya había desaparecido su esposo y tuvo que contentarse con emprenderla contra la princesa.

Muy asombrada quedó Bessie de momento, pero no era la primera vez que se veía en un aprieto semejante y supo arreglar las cosas de modo que todas las culpas recayeron sobre Finn. Ella, Bessie, era una muchacha inocente que se había dejado engañar por un hombre perverso.

Y como sobre sus argumentos derramó abundantes lágrimas, la ultrajada esposa, no sólo la creyó, sino que se sintió profundamente conmovida. No en balde era más inocentona aún que el buen Finn.



La fatalidad quiso que la señora de Huddock descubriera a su esposo...

* * *

Ya estaba el sol fuera cuando Finn llegó al hotel.

¿Qué había pasado desde que dejó a la princesa en una mesa del "Leon moribundo" hasta aquel momento en que se dirigía de puntillas a su habitación?

Esto era un problema que no habría resuelto ni Pitágoras. De lo único que estaba seguro era de que había cortado al guía la mitad de la barba para atársela con una cinta en el cuello de la camisa, pues le molestaba que el cicerone se jactara de no tener que gastar dinero en aquel adorno, gracias a que su barba obraba en su cuello a modo de cortina.

Al entrar en su habitación, Sidney, que dormía en la cama contigua a la suya, despertó y comenzó a lanzar gritos para que todo el mundo, y especialmente su tía, se enterara de que Finn acababa de llegar.

En vano éste, que se había quitado ya el smoking, trató de hacer callar a su sobrino. Sidney gritaba cada vez más, y así fué cómo despertó a su tía.

Pero el despertar de ésta fué bastante pintoresco. Se encontró con la mano metida en un vaso de donde no la podía sacar, y para colmo de su desconcierto, vió que otra persona se incorporaba a su lado.

Al reconocer a la princesa, lo recordó todo, y una vez que logró extraer la mano del vaso, se dirigió al cuarto de su esposo, atraída por los gritos de Sidney.

Finn pretendió convencerla de que no se estaba desnudando, sino vistiendo, pero ella le atacó con estas palabras, tan secas como un desierto:

—Lo sé todo.

—¿Qué es lo que sabes?

—¿Dónde estuviste anoche?—preguntó ella a su vez.

—En una reunión de madereros internacionales.

—Pues bien. Aquí hay uno de esos madereros que desea verte. Sígueme.

Siguió Finn a su esposa y quedó estupefacto al ver a la princesa.

Comenzó Bessie a llamarle seductor de doncellas y otras lindezas por el estilo, al mismo tiempo que gemía y sollozaba estruendosamente, y esto hizo comprender a Finn que había caído en un lazo.

Pero sus protestas fueron inútiles. La ultrajada esposa estaba dispuesta a pedir el divorcio, y entre las protestas del inventor, los gritos desolados de su mujer y los sollozos de la princesa, se armó allí una algarabía infernal que atrajo a Mildred y al "amado" primito.

Mildred lo comprendió todo en seguida, y después de quitar a Sidney de en medio, para lo cual lo hizo subir en una mesa y sostener una pecera sujeta al techo con un bastón, al mismo tiempo que una pesada figura en la otra mano y un pito en la boca, se dedicó a buscar el modo de solucionar el problema.

De pronto descubrió en la medio de Bessie, cerca del tobillo, el cheque que su padre le había entregado en el cabaret, y no tuvo paciencia para esperar más.

Pronunció estas palabras:

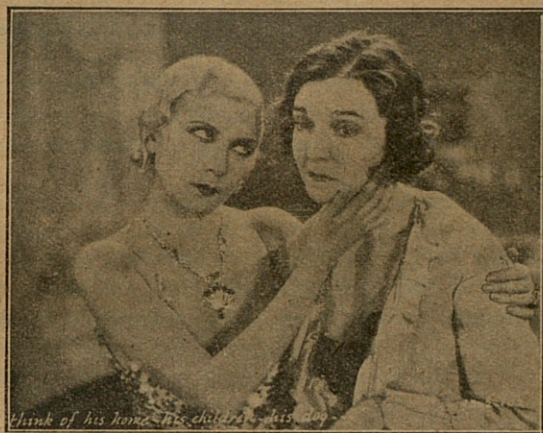
—Le ha estafado a papá 50.000 dólares.

Y se abalanzó sobre la rubia, entablado con ella una lucha a brazo partido de la que salió triunfante y con el cheque.

En este momento llamaron a la puerta. Abrió

Finn y, al descubrir a Henry, sintió un extraño deseo de devorar carne humana.

—¿De modo que usted es el íntimo amigo de la princesa?



La ultrajada esposa estaba dispuesta a pedir el divorcio.

—Precisamente venía a ver si sabían ustedes algo de ella.

—Sabemos mucho más de lo que usted se figura, querido Henry... Pero venga esa mano de amigo.

El joven le tendió la mano y Finn le aplicó el truco japonés, dejándole tendido en el suelo como un fardo. Era la primera vez que no le había fracasado el intento, pero se consideró su-

ficientemente compensado de los golpes recibidos en las pruebas anteriores.

Salió en este momento Bessie. Las medias le colgaban encima de los tobillos, uno de sus zapatos se había quedado sin tacón y uno de sus ojos tenía ese matiz ceniciento que adquieren las cosas al anochecer.

Al verla, Henry sospechó que algo desagradable le había ocurrido, y cogiéndose con resignación a su brazo, se dirigieron haciendo eses hacia la puerta.

Entretanto, Mildred había convencido a su madre de que "papá" no tenía la menor parte de culpa en lo sucedido, y ya iban los esposos a darse el abrazo de reconciliación, cuando en la sabitación contigua se oyó un estruendo formidable.

Era Sidney, que, incapaz de conservar por más tiempo la violenta postura en que su primita le había colocado, rodó al suelo desde lo alto de la mesa.

Y Mildred, sonriendo y guiñando un ojo picarescamente, exclamó:

—Aquí, el que la hace, la paga.

FIN



Ediciones especiales

Esta semana, aparecerá

El film de arte, del inolvidable F. W. MURNAU

TABÚ

Un drama de amor basado en una leyenda de la Polinesia

Extenso e interesantísimo prólogo de AURORA BERTRANA de la «Sociedad de Estudios Oceánicos»

Esta interesante, amena e instructiva obra no debe faltar en su biblioteca, sea usted quien sea, pues contiene emoción novelesca y verídicas informaciones de alto valor cultural

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 78087 - Barcelona

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas · 2. Madre pecadora · 3. Estrella simbólica · 4. La losa del pasado · 5. La mujer de Satanás.
6. Jimmy, el misterioso · 7. Nueva mujer, nueva vida.
8. Amanecer · 9. Tras la cortina · 10. Los misterios de Londres. (La divina pecadora) · 11. En la vieja Arizona · 12. Honrarás a tu madre · 13. Nobleza baturra · 14. Su majestad El Amor · 15. Amor siniestro · 16. Eugenia Grandet · 17. Ana contra el mundo · 18. La hermana blanca · 19. De mujer a mujer · 20. Mujeres frívolas · 21. No me olvides · 22. El caballero del amor · 23. Estrellas fugaces · 24. Tobillos de oro.
25. En nombre de la amistad · 26. El prisionero de Zenda.
27. Sendas traicioneras · 28. El príncipe Stravos · 29. Fútbol, amor y toros · 30. Hombres peligrosos · 31. Sed de cariño · 32. Luna de miel · 33. Shari (la hechicera oriental).
34. El príncipe de los diamantes · 35. Una mujer en Wall Street · 36. Las tres hermanas · 37. Cara o cruz · 38. La calle del azar · 39. La batalla de París · 40. Malas compañías · 41. El conquistador · 42. La caza del millón · 43. El enemigo silencioso · 44. El príncipe X · 45. Canción gitana.
46. ¿Quién disparó? · 47. El capitán Tormenta · 48. Arco Iris · 49. Estrellas del «Edén» · 50. Siete días con licencia.
51. ¡Que hombre tan guapo! · 52. Bataclán · 53. La santa amistad · 54. Dramas del circo · 55. El reporter del diablo.
56. Vértigo del tango · 57. La noche es nuestra · 58. El premio de belleza · 59. ¡Siempre alerta! · 60. El misterio de Villa Elena · 61. El testamento Nodelkof · 62. Oro y sangre.
63. Ingenuidad peligrosa · 64. La locura del oro · 65. Hermanas frívolas · 66. Estrellas de Occidente · 67. ¡Desamparado!
68. Un plato a la americana · 69. La casa de la flecha · 70. Es defensor · 71. Jóvenes pecadores · 72. Esposas de médicos · 73. Su hombre · 74. ¡Vaya mujeres! · 75. Todo por el aire · 76. Flor de pasión · 77. Por un par de pijamas.
78. Pobre tenorio · 79. Música de besos · 80. El otro yo.
81. El camello negro · 82. A toda marcha.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
